PEDRO MUÑOZ SECA

El fresco del fuego

ENTREMÉS

ORIGINAL Y EN PROSA

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1921

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1921

EL FRESCO DEL FUEGO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL FRESCO DEL FUEGO

ENTREMÉS EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO GOYA, de Barcelona, el 30 de Marzo de 1921 y en Madrid en el TEATRO DEL CENTRO, por la Compañía del Infanta Isabel, en la función a beneficio del ilustre actor Francisco Barraycoa, el 6 de Mayo de 1921.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1921

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elfrescodelfuego00muno

A Rafael García Rodríguez (Erregé), poeta, cronista, autor y uno de mis mejores amigos.

REPARTOS

PERSONAJES	ACTORES	
	EN BARCELONA	EN MADRID
ELENA.....	Sra. Illescas.	Srta. Gámez.
DÁMASA.....	Quirós.	Posada.
ANGULO.....	Sr. Mora.	Sr. Alarcón.
BERLANGA.....	Portillo.	Calle.
MALAGUITA.....	Gómez.	Suárez.

ACTO UNICO

Comedor en casa de Liberio Berlanga; un comedor modesto, pero bonito. Una puerta a la izquierda, otra en el foro y un balcón a la derecha.

Es de noche. Epoca actual. La acción en Madrid.

—

(Al levantarse el telón la mesa está puesta y la sopera humea sobre el blanco mantel, pero nadie se acuerda de la comida. Hay un incendio en la esquina, y BERLANGA, señor de la casa; ELENA, su esposa, y DÁMASA, la criada, agolpados ante el balcón de la derecha, contemplan el siniestro.)

ELENA ¡Qué horror, Liberio, qué horror! Va a arder toda la casa!

BER. No se ha desplomado ya porque es de hierro y ladrillos, pero el fuego toma un incremento espantoso.

DÁM. Y ha empezado en la droguería de Lago, ¿no?

BER. Sí. Ya la droguería no es más que una llama, y el piso primero, donde vive un dentista americano, otra llama.

ELENA Mira, allí está Lago.

BER. ¿Cuál es?

ELENA Aquel que está lleno de agua.

BER. ¡Pobrecillo!

ELENA Y aquel otro es el dentista.

BER. ¿El del hongo?

ELENA No: el que está examinando aquella boca.

DÁM. ¿Qué boca, señorita?

ELENA Mujer, aquella boca de riego.

BER. Sí, tienes razón. ¡Pobre Marinelli!

671756

DÁM. Los vecinos están sacando los muebles; vea usté.

BER. ¡Qué hermosa columna!

DÁM. ¿No es un piano?

BER. Me refiero al humo, Dámasa.

ELENA ¡Dios mío, qué llamas!

BER. Voy a llegarme un momento, Elena.

ELENA ¿Pero tienes obligación de ir?

BER. No; pero los jefes saben que vivo aquí y me da fatiga el no presentarme. Además que todos los inquilinos de esa casa son personas de significación, y siempre es grato ser útil a los que pueden favorecerle a uno el día de mañana. Dámasa, déme el abrigo viejo y el sombrero viejo.

DÁM Sí, señor. (Se va por la puerta del foro.)

ELENA ¿No comes antes?

BER. No, come tú; no me esperes; yo comeré luego tranquilo.

ELENA ¿Pero ni siquiera un plato de sopas?

BER. Merendé en casa de Alvarez muy tarde. Y mira qué casualidad: precisamente merendé chicharrones.

DÁM. (Con el abrigo y el sombrero.) Tome usted, señorito.

BER. (Poniéndose el abrigo.) Bueno; hasta después.

ELENA Adiós.

BER. Que comas, ¿eh?

ELENA Sí. Hasta luego. Y ten mucho cuidado. (Vase Berlanga por la puerta de la izquierda.)

DÁM. (Junto al balcón.) ¡Pobre gente! Ensontrarse de pronto sin casa con lo difícil que es encontrar un cuarto desalquilado.

ELENA (Asomándose al balcón.) A ver si lo van dominando.

DÁM. Señorita, ¿me deja usted ir a la azotea?

ELENA ¿Para qué?

DÁM. Es que desde la azotea podría yo dominar el fuego muy bien.

ELENA ¿Tú? ¿Cómo, muchacha?

DÁM. Digo que como la azotea está muy alta lo vería todo mucho mejor.

ELENA ¡Ah! Bueno, sí, vé, pero un momento, ¿eh?

DÁM. Sí, señora. Dejaré la puerta abierta pa que no tenga usté que abrirme.

ELENA A ver si se cuela alguien.

DÁM. ¡Qué se va a colar nadie en casa de un inspector de Policía tan acreditado como el

señor Berlangal... Vuelvo en seguida. (Se va por la izquierda.)

ELENA (En el balcón.) Anda, no dejan pasar a Liberio porque va por la izquierda. ¡Atiza! Menudo empujón le ha dado al guardia. La verdad es que tiene un carácter que comprendo que le tengan miedo. ¿Es aquél el alcalde?... Desde el balcón del gabinete se verá muchísimo mejor. (Se va por la puerta del foro.)

(Tras una brevísima pausa entran en escena, con cierta escama, ANGULO y MALAGUITA. Angulo, hombre de mediana edad y simpático, donde los haya, trae una indumentaria rarísima: zapatos nuevos de charol, un pantalón muy viejo, camiseta de lana, chaleco y una burda manta a guisa de chal. Conduce una maleta de cuero, bastante bonita y bastante grande. Malaguita, que es joven, viste bien, aunque algo achuladamente. Angulo no trae sombrero, pero viene admirablemente peinado.)

MAL. Tampoco aquí hay nadie.

ANG. El detalle de la puerta entreabierta me hace suponer que están todos en la azotea contemplando el siniestro. Casi siempre me ha ocurrido lo mismo.

MAL. ¿Pero tú sabes quién vive aquí?

ANG. Ni lo sé, ni me importa, querido Malaguita; pero quienquiera que viva en esta casa, será hoy mi Providencia.

MAL. ¿Tú crees?...

ANG. Este truco del incendio no me ha fallado a mí jamás. Y que hoy me encuentro hasta con la mesa puesta. ¡Alá es grandísimo!

MAL. Bueno; pero...

ANG. Lo que siento es que no me veas actuar, Malaguita; porque... vamos... hay veces que estoy para que me ovacionen. Bueno, y es que me presento muy bien. El detalle de los zapatos de charol y esta maleta lujosa convencen a cualquiera. Mira: esta maleta y estos zapatos me han proporcionado a mí más de cinco mil duros, no te exagero. Por eso no los pignoro por nada del mundo.

MAL. Tú este truco lo has explotado mucho, ¿no?

ANG. Como que mis amigos me llaman «El Fresco del Fuego», no te digo más. Mira, a mí me dicen «fuego» y salgo corriendo.

MAL. Toma, y yo.

ANG. Entiéndeme, Malaguita; quiero decir que salgo corriendo para mi casa; llego, me calzo el charol, cojo la maleta y salgo a ochenta por hora en busca del lugar del siniestro. Que el incendio se presta a la combinación porque los vecinos desalojan las viviendas, etc., etc; pues me meto en un portal, me quito la camisa, la americana y el hongo, los guardo en la maleta, saco esta manta, me aliso bien el pelo, entro en cualquier piso con gesto de terror y a los cinco minutos el piso es mío.

MAL. ¡Qué bárbaro!

ANG. Mira: cuando se quemó aquella casa grande de la calle de Recoletos, entré yo, como ahora, en una confitería, y estuve sin salir de ella cinco meses.

MAL. ¡Mi madre!

ANG. Yo no he comido más «piononos» en mi vida; anduve en los linderos de la «diabete». Otra vez me metí en casa de un senador vitalicio, y ¡qué tres meses pasé, Malaguita! Para verse libres de mí tuvieron que adelantar el veraneo...

MAL. Total, que tú donde caes no te levantas.

ANG. Claro, y cuando caigo como ahora con uno que me presente, el resultado es definitivo; porque trayéndome tú de parte de las autoridades, ¿quién va a dudar? Este favor que me haces no te lo pagaré mientras viva.

MAL. Sí, hombre, ya me lo pagarás.

ANG. Cuando yo te digo que no. Si me conoceré. Y que este incendio hermosísimo me ha resuelto el más grave de los conflictos. Hoy no he tenido que ir a casa por la maleta. Malaguita: hoy andaba con ella por la calle buscando un refugio. Esta mañana me han desahuciado de mala manera. ¡Ese Berlanga!...

MAL. ¿Quién?

ANG. Don Liberio Berlanga; un inspector de Policía, que la tiene tomada conmigo, y que no me deja vivir.

MAL. Le conozco, y es mal enemigo, Angulo.

ANG. Es una hiena; pero, anda, que el día menos pensado le voy a dar un disgusto que va a ver lo que es bueno.

MAL. ¡Alguien se acerca!

ANG. ¡Silencio!... Sujétame, y no te olvides de lo del condado.

DÁM. (Por la izquierda.) ¿Eh?

MAL. (Animando a Angulo, que hace caras de extenuamiento.) Vamos, señor Conde, anímese.

DÁM. ¿Pero?...

MAL. (A Dámasa.) ¿Dónde están los señores?

DÁM. Espere usted... (Mutis por la puerta del foro, llamando.) ¡Señorita!... ¡Señorita!... (Vase.)

MAL. Oye, tú; que si sacas algo iremos a la parte, ¿eh?

ANG. Sí, hombre.

MAL. ¿Cuándo piensas salir de aquí?

ANG. ¿A cómo estamos hoy?

MAL. A nueve de enero.

ANG. Pues búscame el Sábado de Gloria

MAL. ¡Calla, que vienen!

ELENA (Con Dámasa, por el foro.) ¿Dices que un Conde?... Muy buenas noches.

MAL. Buenas, señora.

ANG. ¡Ay!... Buenas... noches...

MAL. Perdóneme, señora; me suplican las autoridades que hagan ustedes el favor de prestar hospitalidad al señor Conde.

ELENA Con mil amores: no tuviera más que ver. Dámasa, acérquele una silla. (Dámasa obedece)

ANG. Gracias, muchas gracias. ¡Ay!

DÁM. ¡Pobre señor!

ANG. Perdonen que me presente tan *deshabillado.*

ELENA ¡Por Dios!...

MAL. Denle una copa de vino.

ELENA Al momento.

ANG. (A Malaguita.) Gracias, agente: está usted en todo; pero márchese, márchese; quedo ya al cuidado de estos dos ángeles.

DÁM. (Es muy simpático.)

ELENA (Ofreciéndole una copa de vino.) Tome usted.

ANG. Mojar los labios nada más. (Se la bebe de un trago.) ¿Eh? ¿Me la he bebido toda? No sé lo que hago.

MAL. (¡Valiente punto!) Bueno, pues si no me ordenan nada...

ANG. Espere, agente; tome... (Se registra infructuosamente los bolsillos del chaleco y del pantalón.) ¡Nada! ¡Claro! Esta ropa me la ha prestado el portero...

ELENA ¿Desea usted algo?

ANG. Unos duros para gratificar al agente...

MAL. (¡Ole!)

ANG. En la maleta no traigo más que los resguardos del Hispano y del Conti...

ELENA No se preocupe.

MAL. (¡Ole!)

ELENA Los agentes no admiten gratificaciones por haber cumplido con su obligación: me consta, señor Conde. (A Malaguita.) Puede retirarse cuando guste, y diga a las autoridades que el señor Conde queda en su casa.

ANG. ¡Señora!...

MAL. Está muy bien. (Haciendo mutis por la izquierda.) (Este veranea aquí.) Muy buenas noches.

ANG. Adiós: no le olvidaré. (Vase Malaguita.) ¡Oh! ¡Qué rato he pasado, señora! Pero ya estoy más tranquilo. Esa copa de néctar me ha reanimado muchísimo. ¡Estaba tan débil!... Desde las dos no comía. Precisamente al estallar el incendio empezaba yo a vestirme para ir al Real, y le estaba yo diciendo a *Willians,* mi ayuda de cámara: «*Willians,* tengo hambre.»

ELENA Pues ahora mismo va usted a comer conmigo.

ANG. Señora: yo con esta indumentaria no me siento a la mesa con una dama, aunque perezca de inanición. Me doy asco. Cuanto traigo, menos los zapatos, me lo ha prestado el portero. Porque yo, como le decía, comenzaba a vestirme, cuando escuché «¡Fuego! ¡Fuego!», y tal y como estaba, corrí al despacho, abrí el *cofre forte,* llené esta maleta de resguardos y bajé a la calle como loco. El pobre portero, con la mejor intención, me abrigó con estas prendas; pero estoy horrorizado: figúrese, acostumbrado a la seda y a la lana finísima.

ELENA Ya lo creo. ¡Qué espanto! Me parece que la ropa de mi marido le vendrá a usted muy bien.

ANG. Sí, señora; sea como sea me vendrá muy bien.

ELENA Dámasa.

DÁM. Señora.

ELENA Saque usted ropa para el señor Conde, y dispóngalo todo en el tocador.

DAM. Sí, señora.

ELENA (Aparte a Dámasa.) El juego de seda del día de la boda.

DÁM. (Idem.) Ya estaba en ello. (Mutis por el foro.)

ANG. Crea usted, señora, que no sé cómo agradecerle...

ELENA ¿Quiere usted callar? Es un deber. ¿Y usted vivía solo en la casa?

ANG. Sí; ahora estaba solo.

ELENA ¿En el principal?

ANG. Sí, señora, en el principal. A la familia la tengo en Burdeos; allí poseo un *château*, y como a ellos les gusta el *château* de Burdeos, viven más en Francia que en España. Se han ahorrado este disgusto. Yo tengo que estar constantemente en Madrid: primero, porque mis riquezas están en la Mancha; soy el más rico de los manchegos, y segundo, por el cargo que desempeño en Palacio.

ELENA ¡Ah! ¿Es usted palaciego?

ANG. Sí, señora; soy Grande... Con el permiso de usted voy a tomar otra copa y unas aceitunas...

ELENA ¡No faltaba más! (Angulo come y bebe.) Mi marido, cuando regrese, va a tener una gran satisfacción...

ANG. ¿Es usted casada?

ELENA Sí, señor.

ANG. Y su esposo está fuera, ¿no?

ELENA Sí.

ANG. (Menos mal.)

DÁM. (Por el foro.) Todo está ya listo.

ELENA Enseñe al señor Conde el camino.

ANG. Gracias, muchísimas gracias. (A Elena.) Dejo mi maleta a su cuidado. Contiene resguardos por valor de once millones de pesetas.

ELENA ¡Jesús, qué miedo!

ANG. ¿Eh? (Riendo.) ¡Por Dios, señora! ¿Se asusta usted de esa futesa? ¡Ja, ja, ja, ja!... No creí yo que iba a reirme esta noche. (A Dámasa.) ¿Por dónde, simpática fámula?

DÁM. Venga usted.

ANG. ¡Delicioso! ¡Asustarse por once millones!... ¡Ja, ja, ja!... Vamos. (Haciendo mutis tras de Dámasa, por el foro.) (Menuda cena me va a preparar esta señora. Porque hace dos meses que no como más que judías.) (Se van.)

ELENA ¡Once millones, y no le da importancia! Es un Creso: un Creso manchego. ¡Ay, Dios mío! Me da mucha fatiga ofrecerle una cena tan frugal como la nuestra. (Buscando en el

aparador.) Yo por aquí debo de tener algo... Sí; hay una lata de puntas de espárragos y otra de bonito. (Las coge.)

DÁM. (Por el foro.) ¡Qué hombre más simpático, señorita! Dice que él se viste en un periquete, porque lo que tiene es muchísima hambre. ¡Mire usted que hambre un Conde!

ELENA ¿Qué traje le has sacado?

DÁM. Ese tan bueno que se compró el señor el otro día.

ELENA Has estado acertada. Bueno. ¿Qué tenemos hoy de cena?

DÁM. Pues las sopas de letras, judías estofadas y unos filetes empanaos.

ELENA Es poquísimo. ¡Un hombre que se ríe de once millones! Y lo que más siento es lo de las judías. Servirle judías a un palaciego, es como cruzarle el rostro.

DÁM. ¡Bah! A lo mejor no las ha comido nunca y le hacen gracia.

ELENA Mira, ya verás: haces una tortilla al peregil para después de la sopa.

DÁM. Sí, señora.

ELENA Luego las judías; después estos espárragos con mayonesa.

DÁM. Sí, señora.

ELENA Y por último, con los filetes, presentas una ensaladilla de tomates con este bonito. (Le da las latas.)

DÁM. ¿Este bote tan viejo es bonito?

ELENA Sí. ¡Ah! Y para servir la mesa te pones los guantes.

DÁM. Señorita, que ya sabe usté que yo con los guantes puestos es como si me trabaran.

ELENA Pues no hay más remedio. Anda, anda y llévate la sopera, que con el incendio se ha enfriado... (Toma Dámasa la sopera.) Y date prisa.

DÁM. Sí, señora. (Haciendo mutis por la izquierda.) (¡Once millones! Lo que comerá este hombre. Haré la tortilla de veinte huevos.) (Vase.)

ELENA (Trasteando en el aparador.) ¿Tenemos mondadientes? Sí. Lo que no hay es palillero. ¡Ah! Que hay aquí mantequilla. Eso viste mucho. (La pone sobre la mesa.) ¿Dónde pondría yo estos mondadientes?... Sí: los clavaré en la mantequilla. (Lo hace.) Lo contento que se va a poner Liberio cuando venga; por que la amistad de este hombre puede serle muy útil.

ANG. (Por el foro. Viene admirablemente vestido y trae sobre los hombros un buen abrigo.) Señora, cuando a su esposo le hicieron esta ropa se la hicieron para mí, no lo dude usted.

ELENA ¡Jesús! Si parece mentira.

ANG. Es maravilloso, ¿verdad? Nada, que tengo cuerpo de pobre; ya usted ve que aberración. Estoy asombrado. ¡A mí no me sacan nunca la ropa a mi gusto! Y eso que me visto en Inglaterra.

ELENA ¿Tiene usted sastre inglés?

ANG. Tengo varios, y todos ingleses, sí, señora.

ELENA Pero qué bien le cae todo.

ANG. Nada, señora, que esto es mío.

ELENA Eso desde luego, señor Conde.

ANG. Muchísimas gracias. Me he echado este gabán sobre los hombros porque sentí un poco de frío en los homoplatos. Debilidad, sin duda. Voy a tomar otra copa de vino, con su permiso. (Bebe.)

ELENA ¡Por Dios! Y vamos a comer en seguida. (Hace sonar un timbre.) Siéntese.

ANG. (Dejando el gabán sobre una silla.) Muchísimas gracias. (Se sienta a la mesa.)

ELENA (Sentándose también.) Una comida modesta; lo que teníamos preparado y nada más. Puede que se quede usted sin comer.

ANG. Eso sí que no; le aseguro a usted que no.

ELENA ¿Hace mucho tiempo que no come usted judías?

ANG. ¿Judías...? ¿Y qué es eso?

ELENA ¿No sabe usted lo que son las judías?

ANG. ¡Ah! Sí: esas cositas largas, verdosas...

ELENA No, no; esas son judías verdes. Yo aludo a las otras.

ANG. Pues no caigo... Pero, en fin, ahora las veremos.

DÁM. (Por la izquierda, con la sopera.) La sopa. (Trae los guantes.)

ELENA Deme, Dámasa, yo serviré al señor Conde, y váyase a preparar lo otro.

DÁM. Sí, señora. (Se va, quitándose los guantes.)

ELENA (Sirviéndose y alargando el plato a Angulo.) ¿Conde...?

ANG. Muchísimas gracias, señora. (¡Caray, qué poco!) ¡Hombre, y son de letras!

ELENA Sí.. (Comen.)

ANG. El caldo está riquísimo. (Come vorazmente.) ¡Pero que riquísimo! Me voy a poner otras

cuatro letras. (Se sirve un poco más.) A mí la sopa me entusiasma. Y esta de letras es distraidísima... (Engulle de un modo bárbaro.) ¡Caramba!... No me he puesto ninguna hache. No, no; pues es cuestión de amor propio. Yo me llamo Honorato, y Honorato sin hache no puede ser. (Vuelve a servirse.)

ELENA (¡Es encantador!) ¿Y pensaba usted haber ido esta noche al Real?

ANG. Sí; tengo abonada una platea.

ELENA Es un teatro hermosísimo.

ANG. ¡Pchs! No le doy importancia. Es decir, no le doy importancia aquí, en España, pero cuando voy al extranjero sí; a los franceses sobre todo me gusta hacerles rabiar diciéndoles que en Burdeos no tienen un Real.

ELENA Qué ocurrente!...

DÁM. (Por la izquierda. Trae una tortilla como para doce personas.) ¡La tortilla!

ELENA ¡Jesús!.. ¿Qué has hecho, Dámasa? ¡Qué enormidad de tortilla! (A Angulo.) ¿No le parece a usted demasiado grande?

ANG. A mí me parece de tamaño natural. Yo en casa hago siempre que lo presenten todo muy abundante; abundantísimo.

ELENA Le gusta a usted llenar el ojo.

ANG. Verá usted; me gusta llenar el ojo y llenar el plato. Mire usted, cuando Chapinié, mi cocinero, me pone pollo, tiene que comprar cinco o seis tomateros, porque yo, cuando me pongo pollo, soy terrible. (Suena un timbre dentro.)

ELENA Abre, Dámasa; debe ser el señorito.

DÁM. Sí, señora. (Se va por la izquierda, quitándose los guantes.)

ANG. (Acabando con la sopa.) ¿Pues no decía usted que su esposo estaba fuera?

ELENA No; en la calle. Salió a lo del incendio. Como es inspector de policía...

ANG. (Atorándose.) ¡¡Hip!!

ELENA ¿Eh?

ANG. No, nada, no... ¡¡Hip!! .. ¿Dice usted que es inspector?

ELENA Sí; señor, para servirle.

ANG. ¡¡Hip!!... Caramba, se me han atravesado las letras y... ¿Y cómo se llama?

ELENA Liberio Berlanga.

ANG. (Levantándose de un salto.) ¡Ay, mi madre! ¡Ay, Dios mío!... (Coge el abrigo.)

ELENA (Asustada.) ¿Eh?

ANG. ¡Estoy perdido, señora! (Intentando ponerse el abrigo.) ¡Ayúdeme, por Dios! (Elena le ayuda a ponerse el abrigo.)

ELENA ¿Pero...?

ANG. ¡Señora, que ese hombre no me vea! ¡Desea matarme!

ELENA ¿Mi esposo?

ANG. Sí; él tiene una amante.

ELENA ¡¡Ah!!

ANG. Y tres hijos.

ELENA ¡No!

ANG. Sí. La amante le ha sido infiel conmigo y me busca para darme muerte. ¡Mi maleta! ¿Por dónde salgo...?

ELENA (Sujetándole.) ¡Caballero!... ¿Lo que dice usted es verdad?

ANG. (Olímpicamente.) ¡El Conde Honorato de Angulosa no ha manchado jamás sus labios con una mentira!

ELENA ¡Aguarde entonces!

ANG. ¡De ninguna manera, señora! ¿Por dónde salgo?

ELENA No hay más salida que esa y allí está él. Aguarde; saldrá usted, pero como corresponde a su condición.

ANG. (¡En una camilla!)

ELENA (A Dámasa, que entra por la izquierda.) ¿Y el señor?

DÁM. Se ha entrao en el despacho. Yo le dije que estaba aquí el señor Conde; le conté cómo había venido y va y grita: «¡Es él!... ¡Lo mato!...» Y se ha entrao en el despacho y está con unos alicates descolgando de la panoplia ese sable tan grande.

ANG. ¡Mi abuela! ¿Está usted viendo, señora? ¡Quiere matarme!

ELENA ¡No tema!

ANG. ¡Caray, señora!

ELENA ¡Lleva usted sangre azul!

ANG. Sí, sí; pero no quiero que me la saquen de mala manera. (Al ver a BERLANGA que, pálido de ira, entra por la izquierda, sable en mano, y se detiene en la puerta.) ¡¡Ah!!

BER. ¡Tú aquí! ¡En mi casa...! ¡En mi propia casa!

ANG. ¡Señor Berlanga!

BER. ¡Te voy a atravesar...!

ELENA (Interponiéndose.) ¡¡Liberio!!

BER. ¡¡Quita!!

ELENA (Trágica.) ¡¡No!!

BER. (Estupefacto.) ¿Eh?

ELENA ¡Perjuro...!

BER. ¿Qué?

ELENA ¡Puede que por tu esposa no hicieras lo que haces por tu amante!

BER. Pero, ¿qué dices?

ELENA Sé, por el Conde de Angulosa, que tienes una barragana y tres hijos, y todo ha concluído entre nosotros.

BER. ¿Pero tú has creído a ese golfo?

ELENA ¡Sí, ciegamente; le creo, le creo...!

BER. (Amansándose.) Hombre, Angulo, haz el favor de decirle que es falso, caray; que todo es invención tuya. (Tira el sable.) Ya ves que tiro el sable; no quiero hacerte daño. Todo es preferible a que mi mujer dude de mí y se destruya la paz de este hogar.

ANG. (Temeroso.) Es que...

BER. (Quitándose de la puerta.) Nada, hombre; te dejo el paso franco; pero dila que no eres Conde y que la has engañado, caray.

ELENA ¿Será posible?

ANG. (Deslizándose con su maleta hasta la puerta de la izquierda.) Señora: su esposo tiene razón; soy un perfecto sinvergüenza que tiene que vivir así, a salto de matas. Compadézcame y no dude de ese hombre, santo donde los haya y caballero donde los hubiere. Buenas noches. (Vase.)

ELENA ¡No vuelvo de mi asombro!

BER. ¡Lo que hace la gente por comer! Lo que me extraña es verle tan bien trajeado.

ELENA (Dando un grito.) ¡¡Ah!!

BER. ¿Eh?

ELENA ¡¡Que se lleva tu traje nuevo y tu abrigo!!... ¡¡Y yo misma se lo he puesto!!...

BER. (Cayendo desplomado.) ¡Ahora sí que ha quedado bien la policía!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.

El contrabando, sainete. (Undécima edición).

De balcón á balcón, entremés en prosa. (Tercera edición.)

Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.

El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)

La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.

El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros Música del maestro Ruperto Chapí.

Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.

El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.

A prima fija, entremés en prosa.

El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.

Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.

Mentir a tiempo, entremés en prosa.

El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.

El fotógrafo, juguete cómico en un acto.

El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.

La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.

¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)

La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.

El medio ambiente, comedia en dos actos.

Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La nicotina, sainete en prosa.

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)

La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.

El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.

López de Coria, juguete cómico en dos actos.

El bien público, sátira en dos actos.

El milagro del santo, entremés en prosa.

El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.

El Pajarito, comedia en dos actos.

El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.

Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.

Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)

La niña de las planchas, entremés lírico.

Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.

Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.

El roble de La Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)

La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)

La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.

La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Lolita Tenorio, comedia en dos actos.

Los que fueron, entremés en prosa.

La escala de Milán, apropósito.

La Conferencia de Algeciras, apropósito.

El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.

El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.

El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.

La traición, melodrama en tres actos.

Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Adán y Evans, monólogo.

El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)

El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Segunda edición.)

Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.

El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)

John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)

Los rifeños, entremés en prosa.

El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)

El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto.

De rodillas y a tus pies, entremés.

La casona, comedia dramática en dos actos.

Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

Garabito, chascarrillo en prosa.

La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La fórmula 3 K^3, disparate en un acto. (Segunda edición.)

Las famosas asturianas, comedia en tres actos de Lope de Vega. Refundición.

La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Sexta edición.)

La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.

Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.

La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.

El mal rato, paso de comedia.

Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)

La razón de la locura, comedia gran guiñolesca en tres actos. (Tercera edición.)

Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)

Pepe Conde o El mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)

La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)

Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)

El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La mujer, paso de comedia.

Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)

Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundi-

ción hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.

Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)

La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos.

San Pérez, juguete cómico en tres actos.

El parque de Sevilla, zarzuela en dos actos.

El Castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)

La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

PRECIO: DOS PESETAS